

Número 11

1.º de mayo

1913

San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

SAN SELERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

UN MÚSICO CÉLEBRE

Hoy vamos a conocer algo de la vida de un músico célebre, cuyo nombre, como el de otros bienhechores de la humanidad, debemos pronunciar con ternura. El murió ha muchos años, pero queda la música que compuso que todavía hace palpitár con emoción muchos corazones.

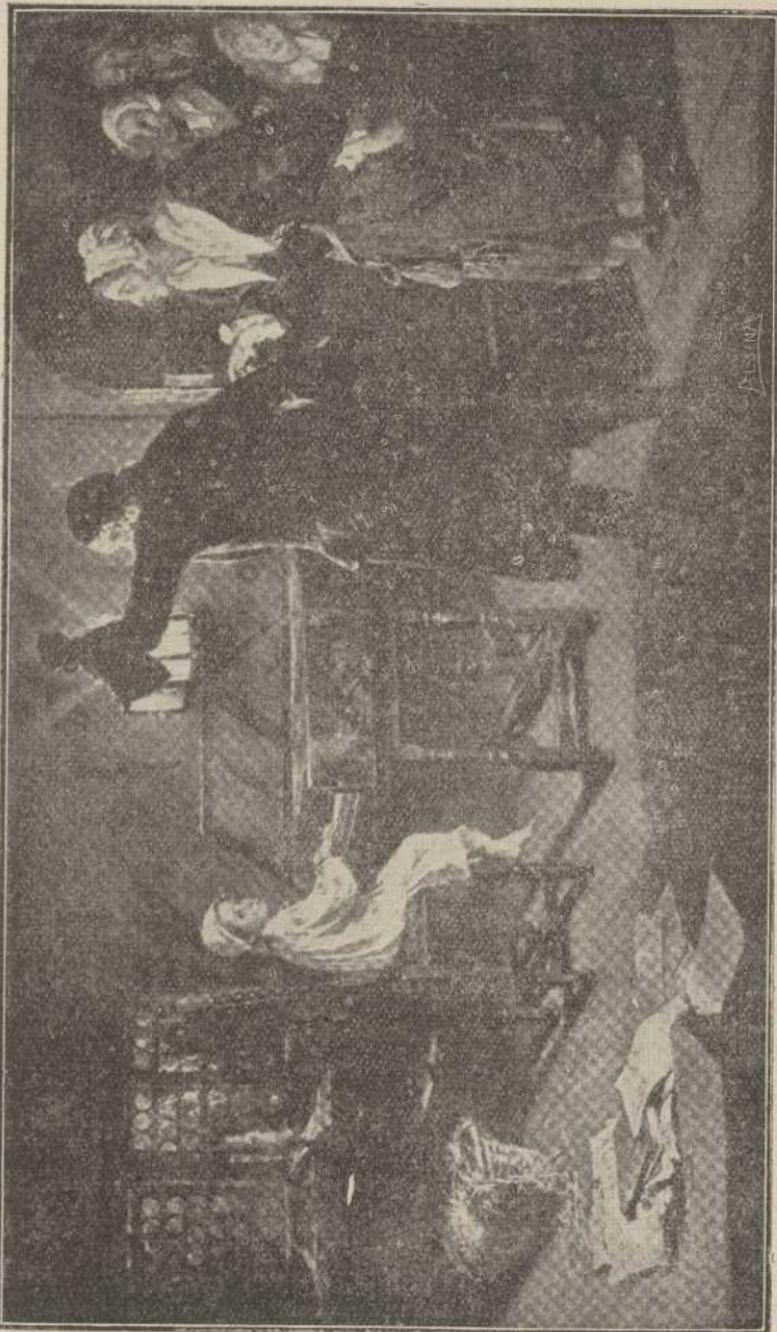
HANDEL

El padre de Federico Handel era uno de aquellos curiosos barberos del siglo XVII, que al mismo tiempo eran también médicos y dentistas. El quería ser el cirujano del duque de Sajonia y se tenía por una persona de mucha importancia. Era este señor amigo y médico de algunos duques alemanes, y cuando nació su hijo, en febrero de 1685, deseó naturalmente darle una brillante carrera.

—Debemos hacer de él un gran estudiante—dijo a su esposa.—Lo mandaré luego a estudiar leyes y espero antes de morir verle convertido en un gran abogado.

Pero Jorge Federico Handel, que este era el nombre del niño, no tomaba el menor interés en los libros. El padre oía siempre alboroto en la habitación de su pequeño hijo. Un día quiso saber la causa y se encontró el lugar lleno de tambores, cornetas y otros instrumentos musicales y... de libros, ni la menor señal! Todo el dinero que le habían regalado había sido empleado en instrumentos de música.

—Música! Qué puede tener de bueno? Acaso la música ayuda al hombre en la vida?—exclamó el padre de Handel dirigiéndose con cólera a su esposa. Tú debes saber algo mejor que darle libertad al muchacho para que malgaste su tiempo en semejante tontería!—Y el señor Handel barrió con tambores y cornetas y los echó al fuego, del cual se apartó cuando vió que habían sido consumidos completamente. Al día siguiente por la mañana, Jorge Federico, quien apenas si llegaba a los cinco años, fué enviado a la escuela. Cuando regresó en la tarde, se adivinaba al verlo que era un niño que sufría. Como sus instrumentos habían desaparecido, nada tenía ya para él interés en el mundo. Handel obedeció a su padre y trabajó en sus lecciones, pero la madre estaba apenada por el cambio que notaba en su hijo. Las semanas pasaban y el niño se volvía cada día menos vivo y su cara que antes era brillante, se ponía pálida y sus ojitos estaban siempre llenos de tristeza. La madre, cuyo corazón se sentía oprimido al ver así a su hijo, le preguntó un día que estaban solos cual era la causa de su cambio.



Handel, en su vestido de dormir, se deslizaba cada noche al desván a tocar en el clavicordio que le había enviado su buena tía Ana.

—Mi música! Yo no puedo vivir sin mi música, sollozó escondiéndose entre los brazos de su madre.

La señora Handel, no sabía que hacer, y después de tratar en vano de consolar al pequeño, mandó a llamar a su tía Ana, la que amaba tiernamente a Handel.

—Estará esta tarde tu marido en casa?—preguntó la tía Ana a la señora.

—No,—respondió,—ha ido a ver uno de sus duques.

La anciana sonrió y esa tarde un carro trajo a casa de Handel una gran caja que fué llevada al desván¹. El padre estaba cansado cuando regresó y después de la comida se fué a dormir. Entonces la madre tomó al niño de la mano y lo llevó al desván en donde permanecieron mucho rato. A la siguiente mañana se vió que el color y la alegría habían vuelto a retozar en la cara del muchacho.

—Ves! Qué te había dicho yo?—dijo el señor Handel a su esposa, cuando vió a Jorge Federico irse brincando para la escuela. En menos de quince días, el niño ha olvidado toda esa tontería de instrumentos de música y ha comenzado a sentir placer en sus lecciones. Espero verlo ser un gran abogado antes de morir.—

La señora Handel miró a su marido maliciosamente y sonrió.

En la tarde llegó la tía Ana.

1 Habitación apartada de la casa que queda bajo el tejado.

—Cómo está mi querido niño?—preguntó en voz baja.

—Vuelto loco de alegría,—respondió la madre— y me prometió que trataría de ser un buen escolar como su padre desea.

Lo que el carro había traído a la casa de Handel, sin que el padre lo supiese, era un clavicordio, especie de piano usado en los últimos siglos pasados, que enviaba la tía Ana.

En la tranquilidad de la noche, mientras todos dormían profundamente, el chiquillo, parecido a un duende, se deslizaba hacia el desván en *camisa de dormir*, para dar contento a su corazón tocando en el instrumento que le había mandado su buena tía. Y en verdad que no se podía dar mejor instrumento para aquellos sus conciertos de media noche, porque el clavicordio es de sonidos suaves, dulces y apagados, de tal manera que apenas si se oye a unos cuantos metros de distancia.

Cuando Jorge Federico tenía siete años, su padre tuvo que hacer un viaje: deseaba visitar a un pariente empleado en el palacio de un duque alemán y también ver al duque mismo. El niño deseaba ir con él, pero como se negase a llevarlo se fué corriendo tras el coche y no se presentó al viejo Handel sino hasta que estuvo bien lejos, cuando no podía ser devuelto solo. Así su padre se vió obligado a llevarlo al palacio y su genio musical se ganó las simpatías de los músicos de la orquesta del duque. El domingo, luego que en la capilla del palacio se hubo celebrado

la misa, y el organista hubo partido, el niño se sentó ante el órgano y tocó. El joven duque que amaba mucho la música, se encantó al oír al niño y dijo al viejo Handel: «Usted debe hacer que estudie música». El padre al principio no quería, pero el duque no lo dejó partir hasta que no le hubo prometido que dejaría al muchacho estudiar música con un buen maestro. El viejo consintió bajo la condición de que no descuidaría sus estudios. De este modo el pequeño Handel comenzó a tomar lecciones con un organista de su ciudad. Cada semana componía un canto para la iglesia, que corregía su maestro. A los diez años compuso tríos,¹ que aun se conservan. A los tres años de trabajo constante y duro, aprendió todo lo que aquel maestro podía enseñarle y entonces deseó ir a Berlín, la capital de Alemania y este viaje fué un triunfo para él. Los reyes lo admiraron y lo amaron y todo el mundo se sentía maravillado al oír tocar el órgano y el clavicordio a aquel muchacho que *puso en vergüenza* a los viejos profesores de música de cabezas canas, de la corte. El rey ofreció enviarlo a Italia para que se acabase de perfeccionar y darle además una pensión mensual, pero el padre siempre obstinado y egoísta se negó, porque como siempre, deseaba que su hijo fuese abogado. Al año siguiente murió el viejo Handel, y entonces Jorge Federico y sus dos hermanitas, quedaron bajo las órdenes de la madre, amable y prudente mujer, de la cual el hijo heredó su

1 Piezas musicales ejecutadas por tres voces o tres instrumentos.

carácter, que tanto le sirvió después en la vida. Más tarde fué a Italia y después a Inglaterra donde vivió muchos años.

Cuando fué un hombre, compuso grandes trabajos, principalmente óperas y oratorios. Un oratorio es una composición musical, larga, sobre un asunto sagrado, casi siempre tomado de la Biblia. Alguien ha dicho y con razón que Handel puso en música la Biblia.

Escribió más de veinte oratorios, uno solo de los cuales llamado «El Mesías», basta para hacer célebre su nombre.

Obtuvo grandes honores, pero entre ellos no olvidó nunca a su madre ya anciana y ciega. El también murió ciego, pero lleno de gloria. Está enterrado en Inglaterra en un cementerio donde solo se entierra a los grandes. Descansa en un rincón llamado «El rincón de los poetas» porque él también fué un gran poeta que expresó sus sentimientos con sonidos en vez de palabras.

Nació en Alemania en la pequeña ciudad de Halle y murió en Inglaterra el 14 de abril de 1759.

(Del *Children's Magazine*).

Arreglo de SAN SELERÍN.



EL MANANTIAL Y LA CHARCA

(PROSA DE A. LAGUENE)

Sobre una suave pendiente,
al pie de un viejo nogal,
brotaba fresco y sonriente
un hermoso manantial.

Cerca de allí se extendía
—como la sombra del mal—
una charca que dormía
en inacción sepulcral.

Calle usted,—dijo una tarde
al manantial,—su cantar
es un importuno alarde
que me viene a despertar.

Modere su afán inquieto
y su constante bullir,
tenga un poco de respeto,
que no me deja dormir.

A lo que con dulce acento
el manantil respondió:
si cesara el movimiento
de mi vida, qué haría yo?

Inútil como su vida
fuera mi vida también;
en su pereza escondida,
está la muerte del bien.

De qué sirve usted, amiga,
en su incesante sopor?
nadie en sus aguas mitiga
los rigores del calor;

en sus orillas no nacen
ni un helecho, ni una flor;
y sus miasmas se complacen
en producir el dolor.

Crámelo usted, señora,
deje el lecho y venga aquí;
que la sorprenda la aurora
trabajando como a mí.

Un pájaro que escuchaba
la plática de las dos
quiso ver si no engañaba
del hilo de agua la voz;

y siguiendo atentamente
el curso del manantial,
miró engrosar su corriente
y en marcha alegre y triunfal

discurrir por las praderas,
afanoso y cantador,
regando las sementeras
y dándoles esplendor;

lo vió formando la fuente
de una humilde población,
dando su agua transparente,
sin acallar su canción,

a las muchachas hermosas
de andar gracioso y gentil
que llegaban sudorosas
con el cántaro al cuadril.

Después, siguiendo el camino,
siempre atento a su deber,
prestaba fuerza a un molino
y echaba luego a correr;

y en su carrera hacia abajo,
acrecentando el vigor,
ayudaba en su trabajo
al pobre trabajador;

hasta que por fin cansado
de tan rudo batallar,
se quedaba reclinado
en el regazo del mar.

Y el pájaro, satisfecho,
dijo: tenía razón
el manantial; es un hecho,
la muerte está en la inacción.

La vida está en lo que avanza
con bravo impulso tenaz,
persiguiendo una esperanza
sin detenerse jamás.

(Arreglo en verso de JOSÉ MARÍA ZELDÓN).

TOM Y MINET ✓

Tom y Minet eran dos buenos amigos, a quienes daba gusto ver durmiendo juntos, uno al lado del otro, sobre todo cuando el perro dejaba caer su pata sobre la nariz rosada de la gatita. Y qué felices eran cuando jugaban juntos. Nunca hubo entre ellos ningún disgusto, y su amistad fué modelo de amistad tierna y fiel.

Un día Minet tuvo unos gatitos, que por ser muy llorones fueron echados al río. La madre, que en ese momento dormía, no lo advirtió; pero su amigo, el buen perro, que estaba echado sobre sus patas traseras cerca del río, parece que lo comprendió todo, porque regresó a la casa muy triste a acariciar a Minet. La gatita, acabada de despertar, se aseaba muy cuidadosamente su cuerpo blanco.

Ah! pero qué lamentos tan hondos los suyos cuando descubrió la desgracia! Buscaba por todas partes, llorando sin cesar, y el perro la seguía siempre, triste por su tristeza. Minet estaba inconsolable.

Mas he aquí que Tom muchos días después, atravesando una vez la aldea, vió que unos chiquillos atormentaban de mil modos a un pobre gatito, que le causó mucha lástima, medio muerto como estaba, con la piel erizada y llena de sangre, la cola levantada en señal de protesta y el hociquillo entreabierto, más en actitud de suplicar que de morder. Y ante la sorpresa de los chiquillos, se lanzó sobre el gato, lo tomó sin maltratarlo por el cuello, y despreciando las injurias y las piedras de los pilluelos, de una sola carrera lo llevó a los pies de su amiga la gata, para que tuviera un hijo y fuera feliz.

Ah! niños míos, cómo llamar a los chiquillos que hacían sufrir al pobre gatito? Yo no sé, pero creo que pensaréis conmigo que Tom era un completo hombre de bien.

JEAN AICARD

Arreglo de OMAR DENGÓ.

COMO SE HACEN LOS NIDOS

LA MADRE.—Hijitos, aquietad ese impulso volandero, que aún os he de enseñar toda la ciencia de los pájaros. «Un poquito más y ya no me veréis».

EL PADRE.—A ver si hay un poco de silencio para lo que va a deciros vuestra madre.

LA MADRE.—Todo nuestro saber consiste en hacer bien el nido, conforme a nuestra necesidad y conveniencia. Mirad: el nido ha de hacerse con pajilla de la tierra, con briznas del aire, con limo del agua, con plumas de nuestro pecho, con jugos de nuestra sangre, con amor de nuestro corazón. Ni grande que se enfríe ni tan pequeño que incomode. No áspero ni perfecto, ni enteramente regular que parezca «fabril;» antes sea blando, caliente, personal, amigable, de una sencilla urdimbre que huelga a salud y libertad, como seno de un cáliz, que ha de henchirse de amor y de cánticos.

EL PADRE.—Se fueron. No te escuchaban.

LA MADRE.—Se fueron!

EL PADRE.—Lo mismo que hicimos nosotros.

LA MADRE.—Quién les enseñará a construir sus nidos?

EL PADRE.—Quién nos enseñó a nosotros: nadie. La vida es amor. La vida es amor; el amor, vida... El huevo es un ave, el ave es un huevo, y no salimos del círculo. Yo me voy también.

LA MADRE.—Pobrecito nido, vacío y abandonado!

JOSÉ NOGALES

Envío de RAFAEL SALAS.



AVENTURAS DE TÍO CONEJO

Los cuentos populares son los cuentos referidos entre los nativos de las diferentes partes del mundo. Sus autores son desconocidos. Estos viejos cuentos han ido haciéndose más grandes al ir pasando de una a otra generación. Un escritor americano, Joel Chandler Harris, quien murió en 1908, probó que los negros de la América del Norte tienen cuentos populares tan curiosos e interesantes como ninguna otra raza. Estas historietas hablan principalmente de animales. Ellos supusieron y suponen que *Uncle Remus* o el *Tío Remus* es el que las cuenta. Algunas veces nuestras abuelas nos refieren en las noches de invierno, mientras la lluvia cae, algunos de estos cuentos, tomados de los negros, que no son otros que aquellos que todos debéis recordar: los de tío Conejo y tío Coyote. Al oírlos o al leerlos, pensad dulcemente en las buenas abuelitas negras que de noche divierten a sus nietecillos de cara de azabache y cabecilla *pasusa* con estos sencillos cuentos.

Les prometo referirles todas las aventuras del tío Conejo y compañeros.

El Viejo de la Montaña

Un día salió tío Oso a dar una vueltita por los bosques, y tío Conejo que andaba dando su paseo se entró en la casa de tío Oso. Encontróse en un armario un *tarro* lleno de miel y al ir a alcanzarlo tuvo mala suerte porque se volcó y el pobre tío Conejo recibió un buen baño.

Caracoles!—díjose mientras la miel corría a lo largo de su cuerpo. —Caracoles! Qué haré? Si me quedo, puede volver tío Oso y tragarme de un bocado. Si me voy, las moscas y las abejas me matarán a punzadas.

Por último corrió al bosque y se puso a rodar sobre las hojas caídas tratando de quitarse la miel

que lo cubría. Pero cuanto más rodaba, tanto más las hojas se pegaban a su piel, y cuando se puso sobre sus patas parecía la cosa más *horrenda* que jamás se haya visto. Al caminar, las hojas hacían un ruido: chis, chas, y se agitaban y sacudían de un modo que



Jesús, María y José! dijo ña María

daba miedo. La primera persona con quien topó tío Conejo, fué con ña María. No bien la pobre viejecita vió aquel espantajo, echó á correr con sus pobres piernas en un temblor. —Jesús, María y José!—decía mientras se alejaba.

Luego tía Zorra y tío Coyote venían trotando

por el bosque y hablando *tempestades* de tío Conejo: que era un *tal por cual* y *esto* y lo *otro*; que lo iban a coger para *hacerlo tasajos*.

—Vea,—dijo tía Zorra a tío Coyote,—lo que debemos hacer es.....

—Uuu!...—hizo tío Conejo con acento cavernoso, saltando frente a ellos y sacudiendo de una manera que *paraba los pelos* el enredo de hojas que estaban adheridas a su piel. —Uuuu!... Yo soy *el viejo de la montaña* que engulle zorras y coyotes, y ya me los voy a engullir a ustedes!

Tía Zorra y tío Coyote lo miraron, pero en menos que se dice *amén*, ya estaban lejos del lugar y corrían como si tras ellos fuese una manada de perros furiosos.

Mientras tanto, tío Conejo se había sentado en el medio del camino, y se rió tanto, que ya no tenía fuerzas y las lágrimas le corrían. Después fué a *pegarle* un susto a tío Oso y luego volvió a su casa y con agua y una teja se quitó la miel.

Arreglo de SAN SELERÍN

Los verdaderos dichosos son buenos; como los buenos, visitados por la prueba, se hacen mejores. Los que no han sufrido son ligeros, pero quien no tiene dicha apenas la sabrá dar. No se da más que de lo que se tiene. La dicha, el disgusto, la alegría y la tristeza, son de naturaleza contagiosa. Aportad vuestra salud y vuestra fuerza a los débiles y a los enfermos, y de esta manera les seréis útiles. Comunicadles, no vuestros desfallecimientos, sino vuestra energía, y los levantaréis. Sólo la vida reanima la vida. Lo que debemos a los demás no es nuestra sed y nuestra hambre, sino nuestro pan y nuestra cantimplora. ¹

FEDERICO AMIEL

¹ Vasija de cobre de hoja de lata para llevar agua.